

Guillermo Lohmann Villena (1915-2005)

JOSÉ A. DE LA PUENTE CANDAMO

Pontificia Universidad Católica del Perú

El fallecimiento de Guillermo Lohmann Villena, en julio de 2005, ha significado un grave quebranto para la historiografía y para la cultura peruanas. Hijo de Paul Lohmann, natural de Hamburgo, y de la limeña Carmela Villena Rey, nació en Miraflores (Lima) el 17 de octubre de 1915. Siguió sus estudios escolares en el Colegio Alemán, y en 1933 ingresó a las aulas de la Universidad Católica. Ya en 1936 se desempeñaba como catedrático auxiliar de Historia del Perú. En esos primeros años de su vida académica, en los que destacó como profesor estudioso y diligente, querido por los alumnos, compartió su actividad intelectual con la práctica del remo en el Club de Regatas Lima de Chorrillos. Algunos años después, en 1943, viajó a España para desempeñarse como funcionario diplomático en la Embajada del Perú. En Madrid, se casó con Paloma Luca de Tena Brunet, con quien ha dejado numerosa descendencia.

Desde su ingreso a la universidad, como alumno del padre Rubén Vargas Ugarte, fue Guillermo Lohmann Villena el estudiante más distinguido en el Seminario de Historia, y simultáneamente trabajó como miembro muy activo del Instituto de Investigaciones Históricas que creara el mismo padre Vargas. Sin embargo, fue José de la Riva-Agüero y Osma quien desarrolló el magisterio más profundo en la vida de Lohmann, por medio de cursos, de conferencias, de tertulias y de los

planteamientos de sus libros fundamentales. En el epistolario de Riva-Agüero, se encuentran diversas afirmaciones en las cuales se expresa con elogio, con profunda simpatía y con esperanza cuando presenta al «joven Lohmann» a sus amigos del Perú y de España. Más tarde, Guillermo Lohmann Villena expresó, en múltiples ocasiones, su respeto y su adhesión al magisterio de Riva-Agüero.

Al escribir sobre un amigo que ya no está con nosotros, se estimula la memoria y se avivan los recuerdos. En mis años de escolar en el colegio de la Recoleta, mis compañeros y yo sabíamos de Guillermo Lohmann por profesores nuestros que lo eran también en la Universidad Católica, como Pedro Benvenuto Murrieta, Carlos Pareja Paz-Soldán, Raúl Ferrero Rebagliati, Ismael Bielich Flores y César Arróspide de la Flor. Lo vimos por primera vez en la ceremonia de clausura del año académico de la Universidad Católica en diciembre de 1936, cuando éramos estudiantes de tercero de media. En esa época, los escolares solíamos asistir a los actos académicos de la universidad atravesando el túnel que unía el colegio con el antiguo convento de la Recoleta, que fue el domicilio inicial de la Universidad Católica. En esa ceremonia, pudimos observar cómo Guillermo Lohmann Villena, al igual que Ella Dunbar Temple, avanzaba a recibir las distinciones correspondientes a uno y otro curso de Historia del Perú.

A partir de 1939, lo traté con más frecuencia, iniciándose una amistad que se fortaleció por diversas circunstancias de la vida. Con nostalgia, releo las cartas que me envió desde la década de 1940, cuando vivía en Madrid, y aparecen en ellas las noticias sobre una y otra publicación suya, sobre el trabajo de algún amigo en común o sobre el proyecto de una edición de documentos. Siempre tuvo muy presente el recuerdo de Riva-Agüero, y fue puntual en el envío de sus libros a la biblioteca del Instituto que lleva su nombre. En sus múltiples viajes y destinos oficiales —Madrid, Buenos Aires, París—, su memoria nunca se alejó de los temas peruanos.

Su presencia en España como diplomático, sus investigaciones en el Archivo General de Indias en Sevilla y sus crecientes vínculos con el ambiente académico de Madrid constituyeron un esencial fenómeno

intelectual y humano en la vida de Lohmann. El cariño a los documentos y los sucesivos hallazgos en el Archivo de Indias, el conocimiento cada vez mayor de los grandes testimonios de la literatura española, sus recorridos por diversas ciudades de España, acercándose a expresiones artísticas de uno y otro tiempo, unidos a la devoción por el magisterio de Marcelino Menéndez Pelayo, fortalecieron en él la idea de la importancia de lo hispánico en la formación de nuestra nacionalidad.

El marco cronológico predilecto de sus investigaciones estuvo constituido por los siglos XVI y XVII, como él mismo lo explicó al ser recibido por la Universidad del Pacífico como miembro honorario de su claustro:

He anclado mi barca dentro de un periodo ceñido por dos centurias —la décimasexta y la decimaséptima— para mí verdaderamente dos siglos de nuestra auténtica grandeza, no solamente en extensión territorial, sino en el esplendor del arte —un pintor, Pérez de Alesio, había colaborado en la decoración de la Capilla Sixtina y su gigantesco San Cristóbal aún hoy se puede admirar en la catedral de Sevilla—, en la magnitud de nuestra literatura —baste solo recordar *La Cristiada* del dominico Hojeda—, en su potencia económica —el peso peruano era una moneda con valor desde Filipinas hasta el Mediterráneo—. En la Lima de entonces, si el transeúnte estaba de buenas, podía cruzarse en el camino con Isabel Flores de Oliva, con Toribio de Mogrovejo, con Francisco Solano, con Martín de Porras o con Juan Masías, con Amarilis, con Reinalte Coello —hijo del pintor de Felipe II Sánchez Coello— o adquirir ejemplares, acabados de salir de las prensas, del *Quijote*. ¿Se comprende por qué caí fascinado por esa época?¹

No obstante su confesión, también el siglo XVIII y muchos aspectos del XIX fueron campos de trabajo a los que se dedicó. Ahora bien, llegados a este punto, surge la siguiente pregunta: ¿qué le debemos a Guillermo Lohmann Villena en el campo de los estudios históricos? En primer término, le debemos su actitud: su perseverancia en el trabajo; su habilidad —hasta en el detalle más pequeño— en el aprovechamiento del tiempo; su cariño y respeto por los documentos que leía con asombro y con detenimiento en el Archivo General de la Nación, en el Archivo

¹ *Guillermo Lohmann Villena. Miembro honorario del claustro. Discursos y biobibliografía.* Lima: Universidad del Pacífico, 2004, p. 26.

General de Indias, o en cualquier otro repositorio. Le debemos la vivencia de la tradición histórica en su sentido cabal y profundo de continuidad y creación humana, así como estudios capitales sobre hombres, ideas e instituciones del virreinato.

No hay hipérbole al decir que el conocimiento del virreinato peruano fue uno antes de la obra de Guillermo Lohmann Villena y es otro después de su deslumbrante tarea de investigador. Son obras clásicas —que no caducan— sus investigaciones sobre el arte dramático en Lima durante el virreinato, sobre las minas de Huancavelica en los siglos XVI y XVII, sobre los americanos en las órdenes nobiliarias, sobre el corregidor de indios en el Perú bajo los Austrias, sobre los ministros de la Audiencia de Lima durante el reinado de los Borbones y sobre los regidores perpetuos del cabildo de Lima, por mencionar solo algunas de sus publicaciones. También hay que destacar sus numerosas ediciones críticas de diversos textos, sus estudios biográficos y el análisis de varias instituciones.

Lohmann hablaba de hombres y sucesos de los siglos XVI y XVII en el Perú como quien comenta un encuentro con un amigo en la puerta de su casa. Podría decirse que fue un vecino de Lima en los años de mayor esplendor del virreinato. En sus libros, artículos y conferencias, aparecen conquistadores, cronistas, fundadores de ciudades, inquisidores, virreyes, profesores de San Marcos, obispos y doctrineros, como en una escena muy grande estudiada por él con unidad y armonía.

Para quienes nos dedicamos a la época de la independencia, son fundamentales sus trabajos sobre los ministros de la Audiencia y sobre los regidores perpetuos del cabildo limeño; igualmente, son muy valiosas sus ediciones del diario de Pezuela y de la memoria de José Ramón Rodil. Del mismo modo, son útiles sus trabajos sobre Peralta, sobre la memoria del virrey Gil de Taboada y sobre el reformismo en el Perú, entre múltiples fichas de análoga importancia. Estudioso de las influencias de una y otra idea, esclarecedor de la paternidad de uno y otro testimonio, la huella de su trabajo serio y erudito impregna buena parte de la memoria de los peruanos.

No puede omitirse la consideración de su estilo humano: serio y perseverante en la investigación, en ocasiones no disimulaba su desagrado

cuando alguna persona interrumpía su trabajo de archivo; siempre exacto y puntual, hasta las últimas semanas de su vida acudió al Archivo General de la Nación con las mismas ilusiones de sus primeros días como investigador, y una fotografía suya frente a la puerta aún cerrada del Archivo General de Indias en Sevilla es la mejor expresión de su puntual devoción por el trabajo. Sintetizó en su vida, de modo espontáneo y sencillo, la seriedad germana con un espíritu criollo que no estaba distante del buen humor y de la broma.

La Pontificia Universidad Católica del Perú, el Instituto Riva-Agüero, el Archivo General de la Nación, el Archivo de Indias y el Ministerio de Relaciones Exteriores fueron escenarios en los que trabajó toda su vida. Igualmente, otros ambientes a los cuales dedicó, en diversas etapas, su atención y su afecto fueron la Biblioteca Nacional, la Universidad de San Marcos, la Academia Diplomática, la Oficina de Educación Iberoamericana, la Academia Peruana de la Lengua, la Academia Nacional de la Historia y la Universidad del Pacífico.

En suma, Guillermo Lohmann fue, desde su juventud, fiel a su vocación de historiador, y nos ha dejado su ejemplo de investigador exacto, riguroso y fecundo. Fuera de los estudios históricos, no entenderíamos la vida del amigo que evocamos, quien, con su profundo conocimiento del pasado peruano, fortaleció sus tareas profesionales y diplomáticas. Amante del Perú, de España y del mundo hispánico, cristiano sincero, Guillermo Lohmann Villena nos deja una bella lección de seriedad intelectual, de cordialidad humana y de unidad maciza entre pensamiento y vida.